

Luis Carlos Moncada (1997),  
*Historia de una infamia*,  
edición del autor, Hermosillo

Crónica de un suicidio político anunciado

Arturo Anguiano Orozco\*

De plano debo reconocer que, de entrada, me suscitó cierto rechazo el libro de Luis Carlos Moncada por su título y la portada. La caricatura de Cheyk con el logotipo del Partido Acción Nacional sobrepuesto a la figura de Adalberto Rosas, atravesado por una cruz y una espada, bajo el título de *Historia de una infamia*, no me parecía que cobijara algo serio. Sin embargo, pude recorrer muy rápidamente las páginas del libro y descubrí un texto ameno y ponderado al que no le hace justicia la manera efectista como se le presenta. Confieso que lo leí dos veces y brotó ante mí el trabajo de un periodista informado, irónico, acre, con una prosa a veces corrosiva. Es la historia de la división de los panistas de Sonora, de las fracciones más o menos estructuradas que le dieron vida al PAN durante los últimos años, de la injerencia de la dirección nacional del partido (la espada) y del pretendido moralismo (la cruz) con el cual arropó su apoyo a una de ellas, la encabezada por Ramón Corral Ávila, al tiempo que desarticuló a las demás. También, por supuesto, en el trasfondo, es la historia del asedio al PAN por parte

\* Profesor visitante en El Colegio de Sonora. Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana. Se le puede enviar correspondencia a Flores 47-302, Col. Rincón de Coapa, Tlalpan, México, D. F. C. P. 14000. Tel (5) 6-73-64-60.

de un sector empresarial, refugiado básicamente en el Centro Empresarial del Norte de Sonora que, según Moncada, echa mano de un organismo político con el fin de favorecer sus propios intereses y perspectivas.

Como escribe Luis Carlos Moncada en su Advertencia, "los sucesos hablan por sí mismos" a lo largo de su trabajo, pero por todas partes encontramos sus opiniones y juicios, como es comprensible. Al margen de las diferencias de apreciación que se puedan tener con el discurso del texto y la manera de presentar los hechos, lo cierto es que *Historia de una infamia* aparece oportunamente para alimentar un debate necesario que trasciende sus propios actores. Se trata del debate sobre los partidos políticos de carne y hueso, de su naturaleza, de sus decires y de sus haceres; del papel que están jugando en la transición política que Sonora y el país entero viven. Intermediarios supuestos de la sociedad ante el poder, formas de socialización y representación de intereses y demandas de núcleos sociales, los partidos parecen desarrollarse cada vez más al margen de la sociedad, bajo su propia lógica y reglas, incomprensibles para la gente.

La historia que cuenta Luis Carlos Moncada, para lo cual echa mano de las voces de muchos de los actores directos, no resulta comprensible en efecto a una ciudadanía que en Sonora (la aceptara o no) veía al PAN como una fuerza que se elevaba frente al gobierno del PRI y podía disputarle efectivamente el poder. Adalberto "el Pelón" Rosas despuntaba claramente como quien sería un candidato a gobernador que, al menos, contaría de entrada con simpatía, por sus antecedentes ampliamente reconocidos. Sin embargo, ni siquiera pudo llegar a medir sus fuerzas en el interior de su partido con los otros precandidatos, ante la intervención de la dirección nacional panista. Ésta aceleró todas las polarizaciones que se gestaban y desencadenó una verdadera implosión del PAN. Buena parte de sus dirigentes y cuadros históricos abandonaron las filas de Acción Nacional para refugiarse en otros partidos, sobre todo el PRD, aunque también el PT.

La imposición de Enrique Salgado Bojórquez como candidato a gobernador, al igual que otras designaciones realizadas por el CEN del PAN, se hicieron a espaldas del partido, con los mismos méto-

dos que siempre criticaron a los priístas. Se supone que el PAN tiene miembros y simpatizantes que aspiraban a intervenir en un proceso que no podía ser sino democrático y, sin embargo, no fueron tomados en cuenta para nada. No extrañan, entonces, las deserciones y las expresiones de desaprobación, burla o desilusión de muchos panistas respecto a los directivos y los candidatos.

No sólo se rompió, se fraccionó el PAN, sino que se derrumbó en la crisis su perfil político fundamental que le había dado fuerza y prestigio, esto es, la puja por la democracia, la crítica acerba al autoritarismo. El verticalismo y la inconsecuencia con la democracia se mostraron en la suspensión arbitraria de las convenciones electorales del PAN en Sonora y las consiguientes designaciones interesadas (para el comité estatal y los cargos de elección) hechas por la dirección nacional. Pero, igualmente, se expresaron en la descalificación de los disidentes, particularmente del propio Rosas, a quienes enfrentaron con acusaciones de corrupción y de vínculos con el gobierno. El moralismo (fundado o infundado, no lo sé con certeza) se utilizó como coartada de agresiones burocráticas. Todas las discrepancias internas, su crisis y caída, las atribuían los directivos panistas a la injerencia del gobierno. Ésta no es una historia reciente ni exclusivamente panista: es la vieja intolerancia, el miedo a la pluralidad, a la diferencia, la incapacidad de resolver las disputas democráticamente.

El PAN, pues, vivió una crisis en que el aparato burocrático que lo dirige impuso su salida, sus decisiones, reproduciendo la cultura del "dedazo", del atropello, de las lealtades perversas. En el libro de Moncada se encuentran muchos detalles de esta historia, pero también se percibe la soledad de Rosas y su gente, su lejanía o falta de involucramiento en el aparato partidario y los débiles vínculos con una inencontrable militancia de base. El PAN, como parece sucede a todos los partidos, se vacía de militantes de base para ser solamente asunto de políticos profesionales. Las posiciones políticas brillan por su ausencia; en ningún momento de la pugna se descubren diferencias políticas de fondo que pudieran explicar la dureza y el desenlace del conflicto entre las distintas fracciones. Es, a todas luces, una lucha por el poder del aparato partidario, por posiciones de representación institucional, una

competencia de intereses que seguramente trasciende al propio partido y a la región.

En fin, *Historia de una infamia* resulta ilustrativa en este momento para tratar de encontrar razones de campañas partidarias que no prenden en la gente. Los partidos desarrollan sus campañas electorales de la misma manera como viven sus historias partidarias: como un espectáculo despolitizador, frente a la sociedad sí, pero sin lograr (o tal vez, sin siquiera pretender) involucrarla realmente. Los partidos, en la práctica, no han hecho mucho para entrar en comunicación verdadera con los ciudadanos que apenas comienzan a ejercer sus derechos, antes confiscados por un régimen autoritario, ni mucho menos para generar su participación ciudadana para comprender y asumir sus demandas casi siempre postpuestas. El PAN, al menos, en vez de prepararse para disputar efectivamente el gobierno al PRI, bajo el argumento de "más vale perder una elección y no al partido", su dirección nacional y estatal parece que se dedicaron a planear rigurosamente su suicidio político, al desligitimar de entrada a sus propios candidatos, desvalorizar su perfil distintivo y socavar una campaña electoral que no logró despegar. Queda en el aire una pregunta: ¿Por qué y para qué actuaron de esa manera la dirección nacional del PAN y sus seguidores en Sonora?